

Ante la nueva singladura de nuestro Arte Sacro

Alfonso Roig

El texto del Arzobispo de Zaragoza "Hoy y mañana", figuraba como pórtico del catálogo de la Exposición de Arte Sacro que, con motivo de la Primera Semana Nacional de la Parroquia, se celebró en la capital aragonesa del 13 al 20 de abril último.

Basta la simple lectura del citado documento para echar de ver en seguida que su interés rebasa, de sobra, la coyuntura particular que motivó su publicación. Y bien puede tenerse como Carta Magna del Arte Sacro español, puesto que posee la virtud de centrar de manera breve, sencilla y armoniosa, el grave problema del arte sacro moderno desde el punto de vista pastoral.

Un obispo no puede decir más y mejor. Y el artista no pide ni espera otra cosa de la Iglesia.

Por fortuna ya empieza a ser problema, hasta para nuestro hombre de la calle, el arte sacro. No fué así, desgraciadamente, dieciocho años atrás, en los comienzos de la etapa de reconstrucción de los templos destruidos durante la guerra civil. Todo quedó comprometido entonces por la falta de "clima" apropiado, por las prisas, los partidismos, el peso muerto de la rutina, el romántico anhelo—¡ay!—siempre dolorosamente frustrado del "esto lo queremos igual que antes", y nuestro natural atraso técnico.

Una prueba de esta falta de "clima" favorable de opinión pública; de que, en realidad, no existía siquiera conciencia del problema, fué la indiferencia general con que se acogió la Exposición Internacional de Arte Sacro de Vitoria, organizada por el Ministerio de Educación Nacional a través del entonces jefe nacional de Bellas Artes Eugenio D'Ors, y su escasa o nula eficacia.

Y, sin embargo, fué aquél un magno certamen. Se celebró de mayo a julio de 1939 y acudieron a él Alemania, Austria, Bélgica, Francia, Inglaterra, Portugal y Suiza. Prestaron su valiosa colaboración las abadías benedictinas de María Laach, Beuron, Maredson, Montserrat y Saint André de Brujas.

La exposición abarcaba altares, arquitectura, artes gráficas, cerámica, dibujos y grabados, escultura, esmaltes y lacas, hierro forjado y fundiciones, mosaicos, ornamentos, orfebrería, pintura y vidrieras. Había proyectos, maquetas y fotografías de iglesias de los arquitectos Clemens Holzmeister y Robert Kramreiter, vieneses; de Dom Bellot, Droz, A. Perret, Rouviere, Tournon, Vidal, franceses; del portugués Pardal y los suizos Metzger y Sartoris. Entre otros. Presentaron obras originales los artistas Cingria, M. Denis, Desvallieres, Gimond, Minne, Rouault, y Servaes. Hasta incluso se había montado un modelo de templo, sacristía y baptisterio proyectado

y dirigido por el arquitecto Santiago Marco y el benedictino Dom Celestino Gusi.

Pero dejémonos de lamentar lo irremediable cuando nos apremia, grávida de promesas, otra época; la actual, la de la construcción de nuevos templos, a causa, sobre todo, del aumento de la población, a ritmo vertiginoso, en las ciudades.

Ciertamente, en esta segunda etapa las dificultades y los inconvenientes son muy otros que los propios de una tarea de reconstrucción. Pero sería infantil suponer que el camino que lleva a la edificación de los nuevos templos se halla por completo libre de obstáculos.

Para mí el nudo de la cuestión depende fundamentalmente de cuál sea la actitud que arquitectos, artistas y sacerdotes adopten frente a la situación alcanzada por las artes en el mundo actual.

El arte sacro, para ser auténtico, ha de aceptar las condiciones normales del arte peculiar o vivo de la época.

Evidentemente, ni se puede ni se debe partir de cero; hay que continuar el esfuerzo de las generaciones anteriores. Pero el amor al pasado no ha de impedir en modo alguno el amor a la vida, a sus riesgos y libertades. Lo otro es arqueologismo puro.

Escribió Apollinaire: "No se puede transportar consigo por todas partes el cadáver del propio padre. Se le deja en compañía de los otros muertos. Se le recuerda, se le llora; se habla de él con admiración. Y, si se llega a ser padre, no se debe esperar que uno de nuestros hijos quiera duplicarse por la vida de nuestro cadáver."

Si, ante el arte actual, empleamos por principio el insulto, el desprecio y el rencor, considerándolo como una farsa, como un caso manifiesto de impotencia, como el resultado de la especulación de unos marchantes desaprensivos y la táctica aviesa de judíos, masones y comunistas, sobre faltar a la verdad, habremos cerrado también el paso al natural progreso y a toda posible inteligencia y diálogo.

Por lo demás, tal actitud resulta incompatible con un católico que, de suyo, debe vivir en simbiosis y en comunión con el mundo.

Decía el padre Lacordaire que un católico es un hombre que ha tomado sobre sí la responsabilidad de todos los hombres. Resultaría alarmante comprobar que el católico de hoy día sólo siente preocupación por lo que directa y específicamente es religioso o simplemente moral, abandonando, con mirada indiferente u hostil, las otras actividades de los hombres.

La ausencia del cristiano respecto al mundo—y tanto

peor si se hace por miedo al mundo—puede entrañar el abandono de sus responsabilidades en relación con la cultura, y la insolidaridad con las miserias y esperanzas de la Humanidad. Todo ello, por otra parte, constituiría un hecho totalmente nuevo en la historia del Catolicismo.

Lo que considero inaplazable ya y previo a cualquier otra consideración es que arquitectos, artistas, nobles artesanos y sacerdotes se relacionen entre sí, más aún que en sesiones de estudio, en el plano llano y entrañable del trato y de la amistad. Pero que el sacerdote tenga bien presente la exacta observación de José María Valverde: "De hecho, los escritores y artistas suelen preferir la guía y la proximidad de los sacerdotes que son simplemente sacerdotes buenos y personas que son humanamente *comprensivas*." No importa, pues, demasiado que los sacerdotes sean o no "entendidos", y, si lo son, que lo sean sin fueros, de *paisano*, a cuerpo limpio con todas las consecuencias.

Un caso típico de lo que venimos diciendo fué el de la amistad entre el Obispo de Astorga, Dr. Grau, y Gaudí. Según J. F. Ráfols y J. Bergós, cuando este ilustre arquitecto entró de director en el Templo Expiatorio de la Sagrada Familia, sus creencias religiosas no estaban bastante consolidadas. Y fué la amistad con el obispo de Astorga, Dr. J. Bta. Grau, paisano suyo, que le encargó el nuevo palacio episcopal, lo que hizo que Gaudí se consolidara en la fe. Durante los seis años que Gaudí—a causa de las obras en curso—menudeó sus estancias en Astorga, el Obispo le comunicó su entusiasmo por la liturgia. Juntos hicieron estudios del Cere monial de los obispos y del Misal Romano, y desde entonces data la afición de Gaudí a la lectura diaria de *L'Anné liturgique*, de Dom. Gueranger, lectura que no abandonó Gaudí nunca. Libro este, como es bien sabido, que preside e inicia el moderno movimiento litúrgico y que recientemente ha sido traducido al castellano.

Otro caso, de distinto orden pero idéntica ejemplaridad, es el del cura de Buitrago y el pintor Gutiérrez Solana. Solana, que ha descrito crudamente, muy a su modo, a otros sacerdotes, describe al cura de Buitrago de la manera siguiente: "Es un cura montado a la antigua, modesto en el vestir. Su sotana, muy remendada, verdea por algunos sitios y ha tomado un color pardo de miseria. Luce grandes hebillas de hierro en los zapatos, es muy madrugador, usa un gran sombrero pasado ya de moda, pero que sienta bien con sus hábitos, y en verano se quita el sudor de la calva con su gran pañuelo de hierbas. Cuando fuma lo hace siempre a horas determinadas, sacando los cigarrillos—que él hace—de una vieja petaca de cuero ya aculatada por el tiempo, que enciende en un mechero con la piedra peder nal. Es tan metódico, que aunque no usa reloj siempre sabe la hora. Después de comer se asoma al balcón, y

en el periódico del día reparte migas de pan a los pájaros, que son muy amigos suyos, se posan en sus hombros y se montan encima de su cabeza. Buen labrador, cava la tierra y cuida de sus coles. Después de decir misa, recorre el pueblo y habla con los vecinos de la labranza; se interesa por la salud de los chicos pequeños, por el bienestar de todos, y a los más necesitados los socorre de su bolsillo."

Comparto la opinión de Camilo José Cela: "Pocas veces en la literatura española se habrá hablado de un cura con más amor, con más respeto, con más delicada piedad." Yo creo que el cura de Buitrago y Solana se hubieran podido entender; lo que en el cura de Buitrago encontró Solana—lo mucho que supo encontrar—asegura, sin duda, la posibilidad de una sencilla y sincera amistad entre aquel sacerdote y aquel artista.

¿No son, acaso, un signo estas dos anécdotas? ¿No anuncian, no inician la apertura de un sendero?

Maqueta de un proyecto de iglesia del sacerdote P. Antonio Pérez de San Román, arquitecto de la Escuela Superior de Arquitectura de Ginebra; y de Carlos Gasca, arquitecto.

